

CURA PERSONALIS

P. Peter-Hans Kolvenbach, S.J.
Curia Roma, CIS, 15 de enero de 2007

Es característico del carisma ignaciano situarse siempre en un movimiento. Ignacio tiende a expresarlo por medio de comparativos: así, escribe en las Constituciones (Const.52) que hay que decidirlo todo “para mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor”. Casi demasiado conocido y a menudo mal apreciado es el adverbio “más” – el “magis” – que nos hace desear y elegir lo que “más” nos conduce para el fin que somos criados (EE.23). Para mantener el impulso espiritual y el dinamismo apostólico en el sentido del “magis”, Ignacio ha inscrito en este camino hacia Dios toda una serie de tensiones que no (nos) dejan detenernos o contentarnos con lo ya adquirido. Por causa de estas tensiones nos sentimos empujados a hacer más o bien dejar que Dios haga más en nosotros y con nosotros. Bien conocida es la tensión que requiere una vida de acción apostólica, vivida en la contemplación de los misterios de la vida de Cristo. En las Constituciones es perceptible la tensión querida entre la pasión por la universalidad, por el mundo entero –porque “el bien cuanto más universal es más divino” (Const.622) – y el cuidado de insertar el ministerio en un bien particular. Pensar globalmente y actuar localmente: Ignacio ha querido vivirlo como una tensión constructiva. En este contexto hay que mencionar también la difícil tensión de vivir en pobreza, elegida con toda su radicalidad como consecuencia de la kénosis del Hijo y la pobreza actual, el Señor nos llama en lo concreto de su servicio a un estilo y nivel de vida jamás adquirido, que hay hacer y rehacer siempre.

A estas tensiones de inspiración ignaciana que empujan al “magis” corresponde también el tema de esta conferencia, a saber, la “cura personalis”, que es tanto una característica del acompañamiento espiritual como un elemento constitutivo de la formación y educación jesuíticas. La tensión que supone la “cura personalis” puede describirse como sigue: Ignacio ha experimentado que en su camino hacia Dios la persona tiene necesidad de la “cura”, de la ayuda de un compañero de ruta, aunque esta aventura espiritual se desarrollará en el Espíritu, siempre rigurosamente personal, “cura personalis”. Para descubrir el sentido de esta expresión, nos dejaremos guiar por las “anotaciones” que abren el libro de los Ejercicios Espirituales. Como lo dice el término latino, estas anotaciones son “notas” que como tales deberían esclarecer un texto escrito que Ignacio no nos ha dejado, porque muy verosíblemente era una entrevista oral que Ignacio tenía con el ejercitante antes de comenzar los ejercicios propiamente dichos. Efectivamente, había que precisar la relación – la cura – entre Ignacio y la persona del ejercitante. En vez de dedicarle un tratado o un estudio exhaustivo, Ignacio se contenta con unas notas que ponen de relieve los puntos salientes.

De entrada insiste en el carácter personal de la “cura personalis”. Aun al nivel de la simple elección de las palabras, rehúsa toda terminología profesional o institucional. No es un director espiritual ni un animador que se encuentra frente al ejercitante. La “cura personalis” se manifiesta en los actos humanos de “dar” y de “recibir”, un acto de trasmisión y por lo mismo de recepción. Se establece una relación directa entre el que da los Ejercicios y el que los recibe. No es el libro ni su carpa quien da los Ejercicios. Ignacio daba el libro solamente a quien había hecho los Ejercicios personalmente y ahora deseaba la ayuda del texto para darse a sí mismo dándolos a otro. Toda una tradición ignaciana subraya que no se trata de transmitir un saber o una doctrina, de imponer un método o sus propias ideas, sino de proponer los misterios de la vida y persona de Cristo para que el otro las pueda recibir por sí mismo en su propia historia personal. Entonces el que los da se siente empujado a darse, sin hacer de pantalla sabiendo renunciar a poner nada y al que los recibe se le exhorta hacer y reaccionar respecto del don recibido sin contentarse con quedarse en la superficie de las impresiones y

sentimientos, sino sintiendo interiormente el don recibido y gustándolo en el fondo de su ser (EE.2).

Aquí es donde se inscribe la anotación peor observada durante siglos. La “cura personalis” deja de ser realidad cuando el que da los Ejercicios impide al que los recibe conducirse y decidir por sí mismo, porque la “cura” se transforma en una dirección importante o en una avalancha de ideas e iniciativas propias del director. Aun en el caso de el director sea altamente competente, concienzudamente preparado para este ministerio, hombre de larga experiencia y de indiscutible competencia, Ignacio lo quiere sobrio, breve y sobre todo fiel a Ignacio y respetuoso (EE.2) del que recibe los Ejercicios. Hoy sobre todo con tantos directores-animadores bien formados en el arte del counselling y dinámica de grupos, en exégesis y espiritualidad, por qué no enriquecer la “cura personalis” con las adquisiciones de las ciencias humanas. Esto no quita que al principio de los Ejercicios Ignacio se atreva a exigir del que los da que renuncie a toda abundancia de saber y a toda amplitud en su animación espiritual, a fin de que el que los recibe pueda actuar como el autor en persona de lo que quiere y desea. Toda la autoridad del director espiritual debe servir para hacer autor al otro, según la misma etimología de la palabra latina “autoritas”. Al contrario, una actitud autoritaria o seductora corre el riesgo de vaciar de su sentido las dos palabras: “cura” y “personalis”.

Pasando del que da los Ejercicios al que los recibe, es sorprendente que Ignacio no explicita en absoluto el hecho de que el que entra en la aventura de los Ejercicios acepte con toda naturalidad las condiciones de quien los recibe. Ignacio da por supuesto que todo ejercitante tiene necesidad de una “cura personalis” y que nadie puede valerse por sí solo. Para crecer y desarrollarnos necesitamos ayuda, y rehusarla es condenarse al estancamiento y la derrota. Con todo, reconocer que en el camino hacia Dios la “cura personalis” de un compañero resulta indispensable, no equivale a rendirse. Al contrario, paradójicamente recurrir a la ayuda ajena con gran generosidad (EE.5) y plena libertad es ayudarse a sí mismo. Paradójicamente, este recurrir a la ayuda ajena debe culminar en que yo tome en mis manos lo que quiero. Esta expresión recurre más de doce veces en el libro de los Ejercicios. Se refuerza con toda una serie de verbos reflexivos que indican una acción que recae en el mismo sujeto del verbo, como disponerse (EE.18), corregirse (EE.24) o bien en el género de “reflexionar en mí mismo” (EE.114). Evidentemente el que recibe la “cura personalis” es una persona capaz de querer y elegir en libertad y con liberalidad. Como lo dice la palabra, la “cura personalis” es el cuidado de la persona. Toda la dinámica de los Ejercicios conduce a hacer al que los recibe responsable, es decir, poder responder de lo que el Señor quiere de él y desea para él. Esta responsabilidad personal no lo aísla en absoluto en una torre de marfil. Tampoco la insistencia de los Ejercicios en el “yo” quiere promover ni favorecer un individualismo exacerbado. Al contrario, guiando al ejercitante a través de los Ejercicios de la primera semana, descubre nuestra responsabilidad, consciente o inconsciente en nuestra complicidad en todo lo que en nosotros y en derredor nuestro se destruye a causa del pecado. La misma responsabilidad personal se solicita cuando en los ejercicios de la segunda semana el Señor quiere servirse de nosotros para construir una humanidad nueva, más humana y más divina. La “cura personalis” dispone también al que recibe los Ejercicios a hacerse libre y personalmente, una respuesta a Aquel que llama a todos y cada uno a un mayor servicio para la mayor gloria de Dios. ¿Pero entonces en qué consiste concretamente la “cura personalis”? Como siempre, Ignacio es muy sensible a la diversidad de las personas – su edad, su cultura, su madurez espiritual, su condición de vida – (EE.18-20) y no descarta incluso que por el momento no se den los Ejercicios. De ahí tantas posibilidades propuestas por él para poder verdaderamente ayudar al ejercitante adaptando los Ejercicios a las necesidades de quien quiera recibirlos. Esta adaptación a las necesidades de la persona supone que el que da los Ejercicios se informa fielmente de las diversas agitaciones y pensamientos que le traen los diversos espíritus

(EE.17), y debe sobre todo intervenir cuando la persona no siente consolación ni desolación alguna (EE.6). Cómo ayudar en el caso de una calma total que no permite a la barca moverse ni avanzar – problema más difícil de gestionar que el que provoca el viento contrario provocado por el mal espíritu o bien el de un viento favorable cuando el buen espíritu parece tomar el relevo. En todas estas situaciones de turbulencia – para quedarnos en el lenguaje de la meteorología – la “cura personalis” es indispensable. El que da los Ejercicios debe entonces, dice Ignacio, intervenir haciendo preguntas. Al hacerlas, no debe mostrarse duro ni severo (EE.7) sino alentador, aclarando todo lo que el bueno y el mal espíritu pueden provocar en el corazón de la persona. Una gran ayuda consiste en desenmascarar los engaños del que es mentiroso desde el origen (Jn 8, 44) y que sigue seduciéndonos y engañándonos tantas veces transformándose en “ángel de luz” (EE.332). Entonces la “cura personalis” consiste en llamar la atención (EE.12), velar (EE.14), poner en guardia y advertir (EE.14).

Ante todo, en el espíritu de Ignacio la “cura personalis” requiere un ambiente de mutua confianza – una confianza siempre difícil del ganar y fácil de perder. El mismo Ignacio tuvo que dar los Ejercicios Espirituales en un entorno de gran desconfianza, en una relación entre personas expuesta al riesgo real de ruptura del diálogo en el tiempo de la reforma y contrarreforma. Tuvo también la experiencia de que uno se equivoca a menudo, por ejemplo cuando estaba convencido de que el Señor lo quería en el Próximo Oriente para continuar su misión. En el fondo de estas incertidumbres, Ignacio se atreve a avanzar confiadamente en la “cura personalis”. Aun hoy corremos el peligro de ser incomprendidos y perder la confianza porque se nos considera de izquierdas o de derechas, etiquetados conservadores o progresistas. En tal caso Ignacio dice (EE.22) que debe dominar la comprensión y la benevolencia respecto a cuanto se dice salvando en todo lo posible lo que dice el otro en lugar de condenarlo sin más. Esta predisposición favorable tendrá en todo la prioridad con el cuidado de mantener el diálogo con el otro hasta el final por amor al prójimo.

Una vez propuesto este principio de una “cura personalis” llena de confianza misericordiosa, Ignacio se ingenia en la Anotaciones para trazar algunos límites. Una limitación es la “cura personalis” en el marco preciso de la relación binaria, entre dos personas – una que da y ora que recibe – es decir, dos que se hablan y tratan solamente durante el tiempo de los Ejercicios. Fuera de éstos el acompañante espiritual puede y debe animar a las personas a escoger el sacerdocio o la vida consagrada (EE.15). Al hacer los Ejercicios el ejercitante debe hacerse verdaderamente libre para que el Señor pueda servirse de él, y entonces el que da los Ejercicios no debe interponerse para dejar que sea el mismo Dios quien le llame. Una misma razón limita la necesidad de conocer al que necesita “cura personalis”. El que da los Ejercicios tiene forzosamente que preguntar mucho e informarse al detalle para poder ayudar de veras a la persona (EE.6). Ignacio querría que en esta búsqueda de información el acompañante se dejase guiar por un profundo respeto por la persona interesada, cuyos pensamientos privados y pecados no debe indagar (EE.17).

No obstante, el que da los Ejercicios no podría asegurar la “cura personalis” si no estuviera informado de los diversos movimientos y agitaciones que provocan en el corazón del ejercitante el bueno y mal espíritu. Es verdad que, dentro de los Ejercicios, la “cura personalis” constituye un caso particular y una situación privilegiada, pero en la práctica de los primeros jesuitas se mantienen un mismo principio y las mismas limitaciones que de él se derivan: saber dar a cada cual una “cura personalis” conforme a la manera como dichas personas han querido disponerse, en un contacto de persona a persona. El libro de los Ejercicios no lo trata, pero los primeros jesuitas evitaban públicos demasiado numerosos, abandonaban el tono del predicador para realizar una conversación de persona a persona. El ideal sigue siendo la conversación, el coloquio. Fue por medio de conversaciones como Ignacio se ganó compañeros y fue por medio de conversaciones como Ignacio preparaba a las personas para los Ejercicios Espirituales, en los que primaba el diálogo. Si bien hoy las

aportaciones de la dinámica de grupos, las comunicaciones de masa, están reconocidas, hay un retorno a las fuentes, pasando de los Ejercicios predicados a Ejercicios guiados de persona a persona, aunque esta “cura personalis” supone limitaciones en lo que respecta al número de beneficiarios. Es la razón por la que Ignacio mismo no presenta la experiencia de los Ejercicios como un bloque monolítico que se debe tomar o dejar, sino que él mismo prevé, respetando los deseos y las posibilidades reales de cada cual, Ejercicios “ligeros” o “pesados” (EE.18- 20), para que según su propia disponibilidad se pueda mejor ayudar a la persona en su camino personal hacia Dios. Al impulsar tan decididamente la “cura personalis”, Ignacio abre la puerta a lo que se ha dado en llamar la democratización de la experiencia cristiana, tanto por medio de los Ejercicios hechos en la vida ordinaria como por la extensión que ha tomado en nuestros días el ministerio del acompañamiento espiritual, gracias a la ayuda de hombres y mujeres que con excelente preparación en los diversos tipos de la “cura personalis” consagran a este apostolado sus personas y su tiempo.

Se impone decir y repetir con Ignacio a todos los que se ocupan en la “cura personalis” que la razón por la que uno da y otro recibe en esta conversación es buscar que el Creador se comunique él mismo a la persona que quiere serle fiel, abrazándola y abrasándola en su amor y alabanza, y disponiéndola a entrar en la vía en que mejor podrá servirle en adelante (EE.15). Huelga decir que el que da los Ejercicios puede estar lleno de buenos consejos, ideas interesantes en teología, exégesis y espiritualidad y totalmente dispuesto a ayudar al que los recibe, sobre todo cuando realmente lo necesita. Sin embargo, en la pedagogía ignaciana, está llamado a borrarse para que sea el mismo Señor quien intervenga con la persona, sin intermediario alguno. A veces, o más bien con frecuencia, nuestra fe en el contacto directo con Dios es débil. Ignacio mismo había tenido la experiencia de ser “enseñado por Dios” (Autobiografía nº 27) y sintió en sí el deseo de Dios de darse a quien se pone de todo corazón en conversación con él, totalmente dispuesto a recibirle. Por tanto hay que rendirse ante la evidencia de que la relación entre el que da y el que recibe no se origina sólo en una relación recíproca, sino en el deseo de esta comunión inmediata y eficaz que el Creador desea tener con la criatura (EE.15 y 231). En el fondo, la “cura personalis” no es sino la ayuda, de persona a persona, para que en realidad Dios y el hombre se encuentren. Al final de todas las Anotaciones Ignacio se atreve a escribir (EE.20) que “cuanto más nuestra ánima se halla sola y apartada, se hace más apta para se acercar y llegar a su Criador y Señor, y cuanto más así se allega, más se dispone para recibir gracias y bienes espirituales de la su divina y suma bondad”. ¿No es salir al encuentro de lo que buscamos hoy en una Iglesia que se descubre como “comunión”, en tantos nuevos grupos llenos de vida que experimentan los beneficios de la dimensión comunitaria como bien de vida? Ello no impide que Ignacio insista desde el comienzo de los Ejercicios y como principio (EE.23) en que no fue la humanidad la que fue creada primero para servir a Dios, sino el hombre – la persona – llamado por él por su nombre personal. Así las personas no dicen nunca del todo en la comunidad dónde cuentan su “yo”, su libertad y su querer. En sinergia con Dios que da el crecimiento (1 Cor 3, 7), el hombre es en persona el autor de su crecimiento recibiendo este don personalmente del que es su amo y su amigo, con el cual conversa como servidor y amigo (EE.54). Aquí la “cura personalis” surgida de la “conversación familiar” entre el que da y el que recibe encuentra su pleno sentido en Dios, que es el primero servido en todo.

¿Hay que extrañarse, pues, de que formados en esta “cura personalis”, los primeros jesuitas y sus sucesores la tuvieran a cada paso ante los ojos en su ministerio pastoral y social, educativo e intelectual personalizando su tarea? Su ministerio favorito era desde un principio “predicar el Evangelio”, pero diferentemente del modo escolar, prescriben las Constituciones, sino más bien “conversando” con las gentes de persona a persona. Justamente para transformar esta manera escolar entra como característica de la educación jesuítica la “cura personalis”. La Ratio Studiorum de 1599 toma a pecho esta solicitud personal respecto a la vocación de

cada alumno, su historia particular. Educadores y profesores deben comprender que el ejemplo de su vida personal contribuye más a la formación de los alumnos que sus palabras. Estos alumnos deben quererlos conociéndolos personalmente – “cura personalis” – viviendo con ellos una respetuosa familiaridad. Este conocimiento personal debe permitir la adaptación de los tiempos escolares, programas y métodos a las necesidades de cada estudiante. Esta “cura personalis” en toda su plenitud y en toda su práctica nos ha parecido un pivote de los Ejercicios Espirituales. En la experiencia educativa de la Compañía se convierte en el pivote de toda la educación ignaciana poniendo la mira en una pedagogía personalizada en cuanto esta aspiración resulte posible dado el peso de todo lo que se impone a nuestras instituciones por los estados y los mercados, para el reconocimiento de los diplomas y para el sostenimiento financiero con frecuencia indispensable. Es en la prolongación de la “cura personalis” practicada en los Ejercicios como la Ratio Studiorum– también en su versión actualizada de las características de la educación de la Compañía – como se propone en colegios y universidades, no sólo la excelencia académica, la especialización profesional o la más avanzada investigación científica, sino también a través de los recursos de la formación integral de la persona para una vida responsable en el pueblo de Dios y en la sociedad humana. Hay que reconocer que en el ambiente impersonal en que sólo cuentan los créditos y los resultados para ser reconocidos por el estado y mantenidos por el mercado, la “cura personalis” se impone más que nunca porque, como lo recuerda el Papa Benedicto XVI en su primera encíclica (33), no son las ideologías las que hacen avanzar a la humanidad sino las personas, tocadas por el amor de Cristo. Esta convicción papal afecta también a otros dominios como por ejemplo el de la actividad social donde fácilmente la mejor dirección corre el peligro de sustituirse a la presencia de la inserción en medio de los pobres. Urgiendo la “cura personalis” Ignacio y sus compañeros deseaban seguir a Cristo, que quiso ser servido en cada persona que sufre o tiene necesidad de ayuda consolándola “como unos amigos suelen consolar a otros” (EE.224).

Traducción Ignacio Echániz, S.J